

# Ángel Sosa Ortega

## Nueve islas, Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega  
[legna.asos@gmail.com](mailto:legna.asos@gmail.com)

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

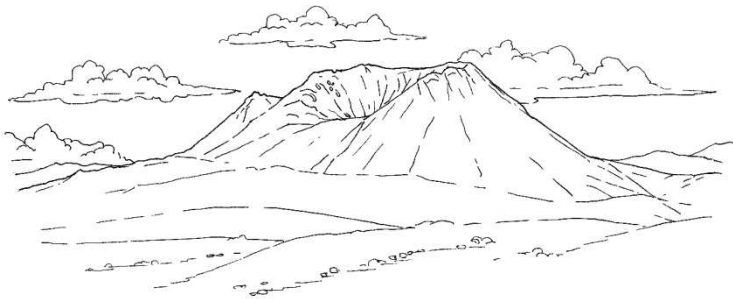
Maquetación: Iván Peralta  
[vanitaperal@gmail.com](mailto:vanitaperal@gmail.com)

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.  
[gdoramas@graficasdoramas.com](mailto:gdoramas@graficasdoramas.com)

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

## INDICE

PRÓLOGO .....	1
RELATO 1.- El Lagarto .....	3
RELATO 2.- Las Grajas .....	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpisa.....	55
RELATO 5.- Los Guirres .....	69
RELATO 6.- El Camello .....	86
RELATO 7.- Lobos .....	105
<b>RELATO 8.- Los Cangrejos .....</b>	<b>119</b>
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO .....	149



## Relato 8.- Los Cangrejos

Mariquita Curbelo a sus cincuenta y pocos años era vieja. Vivía con su hija, una quinceañera que le había nacido cuando ella no estaba según manifestaron las comadres para estos trotes. Vivían madre e hija al pie del Volcán de la Corona al ladito casi del caserío blanco que se desparramaba a ambos lados de la estrecha carretera que continuaba hacia arriba al acantilado frente a la Graciosa.

El porqué de la vejez prematura de Mariquita Curbelo a una edad en que otras mujeres, de otros sitios, estaban aun para bien merecer, era para mí en aquellos entonces un misterio. Vestía con trajes oscuros, casi negros; usaba medias bastas y alpargatas con las que cubría con recato sus piernas; llevaba siempre pañuelo atado atrás en la nuca que impedía a su pelo volar libremente con el viento, y tapaba sus ojos con unas gafas de carey y cristales de culo de botella ahumados a saber para qué.

Había heredado por vía materna unos cachitos de tierra en las inmediaciones y en ellos cuidaba de unas parras que le daban excelentes uvas de malvasía y algunas higueras que llenaban de olorosa fragancia los atardeceres largos del estío.

No se le conoció marido ni hombre alguno y llevó su embarazo con tal discreción que las comadres pudieron empezar a criticarla cuando ya casi la cabeza de Toña, su hija, hacía su aparición para incorporarse de pleno derecho a este mundo. La llegada de la pequeña Toña, así la empezaron a llamar las comadres a falta de un nombre cristianizado por el bautismo que no tuvo, vaya usted a saber porqué, no cambió en mucho la vida austera y de pocos amigos de Mariquita Curbelo. Bien es verdad que tuvo visitas de las mujeres del caserío y del vecino pueblo de Haría y hasta de personas que vivían

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

abajo en la costa y que hacía tantísimo tiempo que no veía, aunque todo hay que decirlo, éstas fueron visitas que denotaban más la curiosidad de las visitantes que ganas sinceras de colaboración en aquellos momentos en que tanto lo necesitó la parturienta talludita.

“Arreando que es gerundio” se dijo la madre de Toña y sin hacer remilgos por su situación de madre soltera y sin ayudas se aprestó a sacar adelante aquella criatura que le trajo ganas y motivos para levantarse y apencar con el trabajo de cada día. Así que Toña empezó a ir con su madre, amarrada a la espalda para dejar a ésta las manos libres para sus labores, cuando aun no se había puesto en pie ni una sola vez. Aprendió a gatear, y a caminar más tarde, por las piedras volcánicas y los picones del malpaís y a convivir con los líquenes y con la tabaiba dulce, los verodes y las aulagas.



En lo alto de la cresta coronada podían sentir Toña y su madre el viento caliente. Habían subido como otras tantas veces ascendiendo montaña arriba por los caminos inexistente dejando sus huellas en el picón que se desplazaba con sus pisadas. Ya en la sima se sentaban como era su costumbre en cualquiera de los tres conos que se habían formado hacía tanto tiempo con la erupción del volcán y dejaban volar la imaginación en pos de mundos y sensaciones desconocidas. En esos momentos se preguntaba Toña si toda la Tierra sería igual al malpaís, si sólo habría una sucesión de lavas que terminaban en el mar con tubos volcánicos en los que habrían grutas encantadas y cangrejos blancos y ciegos según había oído decir. Preguntaba a su madre por estas cosas y por los hombres y mujeres que seguramente habitaban en otros sitios distantes y que ella quería conocer.

¿Es verdad, madre, que los cangrejos blancos son ciegos?

La llegada de Adel al pequeño caserío provocó un revuelo entre las gentes sencillas del lugar. Traía con él paños, prendas y abalorios, nunca vistos antes por las comadres, de colores vivos y formas llamativas: sábanas, paños para la cocina, muselina para las enaguas o corpiños, cretonas para las cortinas. Salían de sus labios palabras exóticas y unas pocas en cristiano, difícilmente reconocibles, como si estuviese hablando a media lengua. Proponía, más por señas que con su voz de extranjero venido a saber de qué país, la compra de su mercadería con un pago fraccionado según pudiesen pagar las clientas.

Fue recibido el forastero con sonrisas, comentarios jocosos y desconfianza. Y así lo recibieron con sentimientos encontrados Mariquita Curbelo y Toña. Nunca antes habían visto un personaje tan

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

singular que llegó hasta la casa cargando con los cortes de traje que aún no había conseguido vender y con media docena de collares y pulseras de cuentas que brillaban al darles el sol del mediodía. Los cortes tenían flores estampadas de vivos colores que ni por nada querría comprar la enlutada mujer. Pero tanto fue la insistencia del hábil vendedor y tan poca la resistencia de la joven Toña que la madre terminó comprando las piezas sin saber el destino que daría a éstas.

¿Verdad madre que me hará usted unos bonitos trajes con estas preciosas telas?

Tenía labia suficiente Adel para engatusar a las mujeres... y para enamorarlas. Su cara de no haber roto nunca un plato, sus facciones árabes distintas a las requemadas caras de los hombres del caserío, sus intensos ojos negros, su nariz afilada y su mentón pronunciado atraían las miradas de las jovencitas y de las mayores. Su andar suave y firme desprendía sensualidad, prestancia, vigor y belleza varonil.

Bien es verdad que las mujeres trataban de verlo venir y seguir sus andanzas a través de las ventanas semicerradas. También es cierto que abrían la puerta tras dejarlo un rato tocando con los nudillos como si no hubiese nadie en las casas. Y no es mentira decir que los últimos minutos de la espera de Adel eran aprovechados por las mujeres para acicalarse casi sin darse cuenta de lo que hacían.

Mariquita Curbelo y Toña tenían más tiempo para verlo aproximarse hasta la casa. Quiriendo ambas disimular la emoción que las embargaban miraban a la carretera como si con ellas no fuese el asunto. La visita quincenal y periódica de Adel las había convertido en cómplices de sentimientos contradictorios.



Mariquita sin saber como comenzó a sentirse una extraña en sus ropas oscuras y a sentir aversión al pañuelo atado en su cabeza como si fuese parte de ésta. Se miraba en el espejo del vestidor y no quiso reconocer a la vieja que vio con las gafas de carey con cristales de culo de botella. Sintió, casi con seguridad por primera vez en su vida, la necesidad de sentirse deseada y de ser atractiva a la vista de cualquier hombre. Si bien ella sabía que este cualquier hombre tenía una cara, un cuerpo y un nombre: Adel.

Toña encontró en el pañero el ideal buscado en sus sueños de juventud. Había dejado atrás la niñez y la adolescencia y se había convertido en una joven plena con ansias no satisfechas. Cuando él venía procuraba vestir uno de los trajes confeccionado con la tela estampada aun cuando no viniera a cuento. Peinaba con esmero sus largos cabellos y se pellizcaba para que un color rosáceo saliera en sus morenas mejillas.

Oyó decir Toña que el hombre aquél por quien suspiraba había venido de Isla Grande y que le llamaban algo así como El Jarabandino por su procedencia árabe. Apuraba ella el oído tratando de escuchar cuanto dijeran las comadres de él y se bebía los vientos cuando oía decir lo guapo y apuesto que era. Un día preguntó a su madre:

¿Es cierto, madre, que puedo enamorarme como una tonta del jarandino?

Las preguntas de Toña relacionadas con Adel y la manifestación de su enamoramiento ponían de los nervios a su madre. Un ramalazo de celos le revolvió las tripas y no podía dejar de pensar en las diferencias abismales que les separaban: ella, vieja y fea, siempre

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

apegada a la tierra, sin juventud que recordar, sin gratos momentos que le sirvieran de apoyo en el presente, veía en la joven, no a una hija ilusionada en quien volcar sus anhelos, sino a una competidora en magníficas condiciones para ganar las miradas y la amistad del jarandino. Era enfermiza su obsesión, y por ello necesitaba de una curación casi milagrosa por lo mismo que ni la quería ni procuraba remedio para ella.

Cambió de peinado. Terminó por usar el pañuelo anudado sólo para ir a los cachos de tierra a las labores agrícolas. Compró a Adel unos paños de colores, uno encarnado intenso incluso, para hacerse ropas que arrinconara a sus viejos trajes usados. Se olvidó de las medias y procuró zapatos cómodos para dejar de lados las alpargatas. Incluso llegó a ir a la óptica en Arrecife para hacerse con unas gafas modernas que dejara para el recuerdo sus viejas gafas de carey.

Estos cambios los vivía Toña con alborozo sin darse cuenta de los motivos que los impulsaban. Creía a su madre contenta por su amistad con Adel y ni por asomo llegaba a sospechar que ella, su madre y amiga de la infancia, pudiera no alegrarse con su felicidad. Adel, ajeno a la rivalidad mujeril, trataba con desparpajo y zalamería a una y a otra. Había aprendido en sus años de vendedor ambulante a congraciarse con todas las clientas y un chascarrillo, un piropo, una frase oportuna dichos con su media lengua eran puertas seguras para entrar en sus corazones. Y además estaban sus manos. Las manos del Jarandino hablaban por él más que sus labios al querer vender una prenda. Se deslizaban peligrosamente por la espalda de la mujer al tratar de decir lo bien que le quedaba un paño para un vestido, apretaban las caderas para decirlas que no estaban tan llenitas de

carnes o tocaban con suavidad los seños si la prenda a vender era un corpiño.

Estos tocamientos los sentía Mariquita Curbelo y los propiciaba. Estaba dispuesta a probarse cuanto trapo tuviera delante y con maliciosa sonrisa preguntaba a Adel que como le sentaba. Sabedora de los días en que éste venía por el caserío se procuraba algún recado para que Toña fuera al pueblo y la dejara sola un tiempo prudencial que bien aprovechaba para comprar telas y más telas sin orden ni concierto. En estos encuentros Mariquita era feliz.

¿No crees madre que las manos de Adel hacen cosquillas al



acariciar?

Un día de invierno, en que las nubes oscuras ensombrecían el malpaís y un silencio ominoso se extendía por toda la comarca, un coche subía jadeando la carretera que va desde Maguez al caserío. Un viejo fotingo descolorido, que en su día bien pudo ser verde o azul, parecía no avanzar de tan despacio que circulaba, y era abajo, a lo lejos, como un sarantontón que rompiera el silencio con su quejido de asmático. Tuvo Toña el presentimiento de que en aquel renqueante vehículo venía el Jarandino al que hacía ya muchas semanas que no veía. Se adelantó y fue a esperarlo más allá de las primeras casas no queriendo que su madre la mandara a algún encargo. Con el corazón en vilo veía subir el coche y poco a poco su presentimiento se convirtió en certeza.

Adel era quien venía en efecto en aquel armatoste parecido a una caja de fósforos y se encontró al parar con la cara enfurruñada de la muchacha con un mohín de disgusto. Él por su parte la correspondió con una sonrisa socarrona. Desde la ventana de la casa Mariquita vio la escena y quedó encendida por la rabia.

El coche, un viejo Ford que había podido comprar Adel en Isla Grande, lo trajo a Titerroy para poder visitar a su clientela, cada vez más numerosa, sin tener que andar horas y horas recorriendo caminos. Además traía mucha más cosas para ofrecer. Era su coche un pequeño bazar ambulante que las mujeres de aquellos pagos diseminados agradecían pues podían encontrar aquellas cosas, que aún siendo desconocidas, anhelaban. Las colonias y los jaboncillos para el baño, y sobre todo la ropa íntima, llevaron a querer poner a Adel en los altares.

De las primeras en comprar lencería fina, estuvo en primera línea Mariquita Curbelo. En su afán por agradar a aquel hombre venido para trastornarla gastaba sus pequeños ahorros sin oír consejos. Estaba decidida a ganar la batalla entablada para ganar las galanterías de Adel y quería resarcirse de tanto años que estuvo muerta para el amor.

El hombre jugaba con dos barajas. Al repartir cartas daba a cada una de las mujeres las que éstas querían tener: sotas o caballos o reyes. Repartía halagos y sonrisas por igual y de vez en cuando una prenda de ropa íntima, minúscula, quedaba enganchada en la mano de Toña o de su madre como regalo con la querencia (les decía al oído) de vérselas puesta. Una u otra reían, algo azoradas, y aceptaban el regalo en la creencia de que era a ella, y sólo a ella, a quien el Jarandino complacía de aquella manera tan galante.

El día de invierno en que vino, tan pronto atendió la curiosidad y la demanda de las vecinas y de Mariquita Curbelo, invitó a Toña a dar un paseo por el malpaís. La muchacha dejando a su lado su enfurruñamiento se avino a acompañarlo para ir algo más lejos de donde había llegado nunca. El cielo, encapotado, no auguraba buena tarde. La negrura de las nubes hacía que el paisaje fuese desolador. Fueron carretera adelante hasta tomar un atajo que los conducía directamente a la zona de las cuevas volcánicas. De pronto rompió la lluvia con fuerza haciendo imposible que Adel y la muchacha pudiesen ver más allá de donde llegaba la luz mortecina de los faros del coche. El agua caía sobre el capó y el diablo se abrió camino por entre los cables eléctricos del motor humedeciendo bujías o platinos. El coche quedó a oscuras parado en el camino lejos del vecindario y sus

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

ocupantes difícilmente podían apreciar cuanto camino quedaba para buscar cobijo en las cuevas.

Decidieron salir del coche y al poco sus ropas estaban empapadas y corriendo intentaron llegar a lo que suponían era el refugio deseado. Ya en éste, sin medio para encender fuego, con el frío llegándoles hasta el tuétano de los huesos decidieron quitarse ropa y darse calor mutuo con sus cuerpos. La cueva estaba oscura sólo iluminada por el resplandor de los relámpagos que antecedían a los impresionantes truenos. Toña estaba asustada y se acurrucaba cada vez más contra el pecho de Adel. Éste la acariciaba y en cada caricia sentía aumentar el ardor de la muchacha y al poco sintió la necesidad de hacerla suya.

Fue un amor apasionado e intenso en la negra cueva de lava. Se amaron con pasión sin límite en una noche en que las nubes lloraban por la pareja. Arriba en la casa junto al caserío Mariquita Curbelo se hacía cruces y lloraba lágrimas amargas por la presentida unión de su hija con aquel hombre venido para enamorarlas.

¿No cree usted, Madre, que Adel besa como nadie?

La buena mañana de la que hacía gala Adel para engatusar a las mujeres la tenía también para los negocios. No en vano una cosa le traía la otra. Y él tenía en su horizonte cercano abrir tienda de tejidos y de novedades en la urbanización que para disfrute de turistas estaban construyendo en las inmediaciones de la playa de arenas doradas de la Tiñosa. Mientras seguía recorriendo los caminos ya trillados, que ahora con el coche ampliaba a todas las carreteras, pueblos y caseríos de la isla con una frecuencia de visitas que se hizo casi diaria.

A estas excursiones comerciales se unió de inmediato Toña. La madre no pudo impedir que la joven, a la que nunca le amarró las tierras, siguiera a Adel por donde quiera que éste iba, después de su loca noche de amor.

Mariquita Curbelo se aficionó demasiado al malvasía. De siempre, casi desde que dejó de ser niña, le entró el gusto de tomarse una copita del delicioso vino con las comidas, no en vano toda su vida la había pasado entre la vid de los terrenos cubiertos de picón. Pero desde que le empezó el amorío imposible con Adel fue sustituyendo la copita poco a poco por la botella y no solo en las comidas y así la graduación del tintorro hacía que su cabeza, que le ardía por el sol inclemente de la isla, diera más vueltas que un trompo.

Uno de los días en que estaba más lúcida que de costumbre decidió bajar a Arrecife con la esperanza de encontrar a la pareja. Le habían dicho que Toña y Adel tenían un pisito, de enamorados según la chivata, en una de las calles apartadas y contaba con las pocas explicaciones para dar con ellos. Se vistió con su mejor traje, el de color encarnado que tanto le gustaba, se puso las medias más finas que encontró, entre las que había comprado tiempo atrás, se calzó los zapatos más nuevos que tenía y se arregló cuanto pudo la cara arrugada por el sol.

Bajó en el coche de línea, en una guagua destartalada en la que su vestimenta quedaba fuera de lugar, y estuvo dando vueltas por Arrecife localizando la casa y a sus inquilinos. No le acompañó la suerte y cuando el día estaba yendo al ocaso y Mariquita, que había tomado sus buenos vasos de vino en las tabernas del puerto, estaba dispuesta a renunciar, alguien le dio noticias de que su hija y su novio

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

estaban por la nueva urbanización turística de La Tiñosa, cenando en un local de postín.

Allá que se fue Mariquita sin cejar, ahora que le habían dado esperanzas, en su empeño. Con su traje arrugado después de tantas horas y los coloretos de la cara corridos por el sudor, se agenció quien le llevara hasta la zona de las playas. Entraba y salía de cada establecimiento que encontraba a su paso y en cada uno de ellos gustaba nuevamente de los favores que Baco da a sus seguidores.

Tras mucho vagar llegó a un local nocturno, sala de fiestas frecuentada por los extranjeros visitantes que recibieron a la infeliz mujer con sorna y conmiseración. Ésta llevaba el vestido encarnado hecho un trapo; llevaba el cabello desordenado y en su mano izquierda un cigarrillo encendido que había quitado de la boca a un jovenzuelo que rió con ella al entrar; su caminar era inseguro al encaminarse a la barra y pedir cualquier bebida; sus ojos, aquellos ojos que necesitaron gafas de cristal de culo de botella, no se mantenían abiertos pues el sopor pesaba sobre los párpados cansados.

Debió gustar a Mariquita el haber quitado al joven el cigarrillo al entrar pues se movía por la sala por entre las mesas intentando hacer lo mismo con cuanto hombre se tropezaba en el camino. Éstos y sus mujeres reían alborozados y en sus lenguas extranjeras decían cosas que Mariquita difícilmente hubiera entendido en su propio idioma.

La juerga fue a más, las carcajadas fueron en aumento amortiguadas por la música estridente que sonaba en el local junto a la pista de baile. A la pista se encaminó Mariquita como un espectro de sí misma en su traje rojo intenso bajo la luz de los focos. Daba



pasos de baile estrambóticos metiéndose por en medio de las parejas bajo la atenta mirada de los camareros. Los bailarines la fueron dejando sola y su danza parecía el espectáculo que todos esperaban para jalearla y aplaudirla. Mareada por el alcohol y la música y las repetidas vueltas de bailes imposibles, Mariquita, queriendo asirse del aire que no le prestó apoyo alguno se fue hacia delante y se agarró con sus manos al suelo quedando unos minutos de cuatro patas en el centro de la pista.

Uno de los camareros la ayudó a salir del local y ya en la calle se encontró, o la encontraron, la pareja a quienes había estado buscando desde hacía tantísimo tiempo. Toña y Adel, que tampoco estaban libres del pecado del alcohol, la llevaron casi a rastras hasta el viejo fotingo. En el coche se sentaron los tres en el asiento delantero, la mujer en el centro y la pareja a los lados. Arrancó Adel como pudo y fue conduciendo el vehículo de forma alocada carretera adelante.

Pasaron de Arrieta, Maguez y el caserío viendo tan solo las pocas luces que los iluminaban y siguieron camino pasando bajo el volcán de la Corona a buscar el aire de la noche o a dormir la borrachera bajo las estrellas. Llegaron a lo alto desde donde en noches claras se podía apreciar la silueta de la isla Graciosa y giraron con el coche hacia los riscos de Famara.

Toña dormía y Mariquita iba diciendo una letanía de cosas inconexas entre hipidos tratando de que Adel la hiciera caso en su amor no correspondido. Tocaba al hombre en el brazo, torpemente, para atraer su atención o le pasaba la mano por su muslo tratando de acariciarlo.

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

El coche iba traqueteando en la pendiente de la carretera sin asfaltar de los riscos. El conductor, a quien la altura y el alcohol le tenían más que borracho, no se daba cuenta del peligro y solo se mantenía despierto gracias a la mujer que había terminado por llorar a moco tendido.



Al llorar, Mariquita se aferró al brazo de Adel cuando el viejo fotingo, lanzado a excesiva velocidad cuesta abajo, estaba junto al desfiladero. Todo ocurrió tan repente que Toña no llegó a despertar de su sueño y así no vio como, saliendo despedidos del coche,

bajaban a estrellarse en las arenas rubias de la playa los cuerpos abrazados de su madre, con su vestido encarnado desplegado al viento, y del Jarandino que llegó de tierras lejanas para enloquecerlas.

¿No es verdad Madre, que seguiremos amándole siempre, siempre, en el cielo?



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

